



Boletín semanal sobre
la parashá de la semana

PÁJAD DAVID

Publicado por las Instituciones Mikdash Ledavid, Israel

Bajo la presidencia y los auspicios del honorable, Morenu Verabenu, Ribí David Jananiá Pinto, shlita

Hijo del Tzadik, experimentado en milagros, Ribí Moshé Aharón Pinto, zatzal, y nieto del sagrado Tzadik, experimentado en milagros, Ribí Jaím Pinto, ziaa

maskil Ledavid

La transformación del materialismo en chispas de santidad

“Y será que cuando coman del pan de la tierra, eleven una ofrenda para Hashem.” (Bamidbar 15:19)

El Ben Ish Jay escribió (año 2, *parashat Shelaj Lejá*): “He aquí que al hombre se le hizo saber que, al momento de comer, es apropiado poner intención de hacerlo en Nombre del Cielo, para separar las *nitzotzot* (chispas de santidad) que se encuentran incrustadas en el alimento, y tal como dice el versículo: ‘El tzadik come para saciarse [no para deleitarse]’ (*Mishlé* 13:25). La intención del hombre al comer no debe ser la de deleitar su cuerpo, sino la de mantener su buen funcionamiento; es decir que, por medio del alimento, tenga la fuerza para servir a *Hakadosh Baruj Hu*. Con esa intención en mente, el hombre separará de la *kelipá* las chispas de santidad.

”Si la intención que pusiere fuera la de suplir solo lo que su alma necesita, la separación de chispas que hace con esta intención será diez veces más elevada que la que realiza cuando pone la intención simple de saciar tanto su alma como su cuerpo. Y mientras más delicioso sea el alimento, y mayor sea el deseo de consumirlo—y aun así la persona se sobrepone a ese deseo y pone intención de que lo hace en Nombre del Cielo—, mayor será la separación de las *nitzotzot*.

”El pan de la Tierra de Israel es muy delicioso y se come solo, sin acompañamiento. Según Alshej Hakadosh, en *Devarim* 8:9, la tierra no produce ‘pan miserable’. Por eso, es importante controlar el deseo de comer, enfocándose en separar las chispas de santidad del alimento. La Torá dice que cuando se coma del pan de la tierra, no se haga por placer, sino con la intención de elevar esas *nitzotzot* hasta Hashem, la Fuente de la Santidad”.

De acuerdo con las palabras sagradas del Ben Ish Jay, podremos comprender por qué Ribí Yehudá Hanasi es llamado Rabenu Hakadosh. Y, asimismo, los demás Tzadikim fueron llamados “*kedoshim*” (‘santos’); y podemos preguntar aquí también por qué ellos merecieron dicho título. Y, además, David Hamélej dice (*Tehilim* 40:9): “Y Tu Torá se encuentra en mi vientre”. ¿Qué quiere decir este versículo? ¿Acaso se puede decir que los libros

sagrados se pueden encontrar en el cuerpo del hombre?

Según sus palabras, en todo objeto hay *nitzotzot*. Este concepto se puede entender así: un vegetal brota verde y saludable gracias a las chispas de santidad de *Hakadosh Baruj Hu* que lo mantienen así, como dice el Profeta (*Nejemía* 9:6): “Y Tú haces vivir a todos”. Al comer, el hombre intenta elevar estas *nitzotzot*, que pasan del alimento al cuerpo, llenándolo de santidad mientras elimina los desechos.

El *taanit dibur* es un ayuno de habla en el que una persona se abstiene de hablar cosas vanas y solo se enfoca en palabras de Torá. Según los libros sagrados, este tipo de ayuno equivale a setenta y siete mil ayunos corporales. Esto se debe a que las palabras tienen el poder de construir o destruir mundos y contienen muchas chispas de santidad. Mi padre, Ribí Moshé Aharón, hizo *taanit dibur* durante los veintiséis meses previos a su fallecimiento, demostrando el valor y poder de la pureza en el habla.

Si una persona quiere santificarse y acercarse a *Hakadosh Baruj Hu*, Dios lo ayudará, como dijeron nuestros Sabios (*Tratado de Shabat* 104a): “Al que quiere purificarse, lo ayudan [del Cielo]”. Una vez, mientras viajaba en avión, un aeromozo me trajo una comida mientras yo escribía ideas de Torá. Dejé la comida a un lado y, después de quince minutos, el aeromozo volvió para disculparse porque la comida no era apta para mí debido a la *cashrut*. Estoy seguro de que mi concentración en la Torá fue lo que me ayudó desde el Cielo a no comer alimentos no *casher*. Esto demuestra que cuando alguien busca santificarse, *Hakadosh Baruj Hu* lo apoya, permitiendo elevarse espiritualmente y superar pruebas.

Verdaderamente, cuando una prueba le causa al hombre aflicción y, aun así, el hombre la supera, al pasar con éxito la prueba adquirió el poder de separar de la *kelipá* las *nitzotzot* y destinarlas a lo sagrado, y se acreditó todas aquellas chispas; y mientras mayor sea la aflicción que le cause la prueba, mayor será el poder del hombre para separar las *nitzotzot*. No obstante, si —*jas veshalom*— el hombre se deleita al ver lo que está prohibido, o habla *lashón hará*, y no recapita y no hace teshuvá, todo el estudio que haga, o las bendiciones que diga, va hacia la *Sitrá Ajrá* —*Rajmaná litzlán*—, que le da poder y refuerza la *kelipá*.

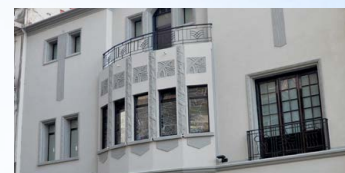
Yehí ratzón, que *Hakadosh Baruj Hu* nos amerite pasar todas las pruebas de la vida, y así santificar y elevar las *nitzotzot* para separarlas de la *kelipá* hacia la santidad. Amén veamén.

25 de sívón de 5785
21 de junio de 2025

939

Shelaj Lejá

Shabat Mevarjín



Hilulá

25 de sívón

Ribí Mordejay Eliahu.

26 de sívón

Ribí Aharón Ili Hacohén Tawil,
autor de *Issajar Uzvulín*.

27 de sívón

Ribí Amram Ankawa,
Jefe del Bet Din de Gibraltar.

28 de sívón

Ribí Israel Zeev Gustman, Rosh
Yeshivá de Nétzaj Israel.

29 de sívón

Ribí Shelomó Dana.

2 de sívón

Ribí Yom Tov Yedid Haleví.

1 de tamuz

Yosef Hatzadik.





DEL TESORO

Basado sobre las enseñanzas
del Gaón y Tzadik, Ribí David
Jananiá Pinto, shlita

El error de Kóraj

La parashá de los tzitzit se encuentra adyacente a la parashá de los espías; y, a la vez, se encuentra adyacente a la sección que trata de la rebelión de Kóraj. Explicaron nuestros Sabios, de bendita memoria (*Midrash Tanjumá, Parashat Kóraj*), que ello se debe a que Kóraj menospreció esta preciada mitzvá. ¿Qué hizo? Reunió a doscientos cincuenta líderes del Sanhedrín, y los vistió con talit hechos completamente de *tejélet*. Los llevó a todos delante de Moshé Rabenu, y le preguntaron: “Un talit que está hecho todo de *tejélet*, ¿hay obligación de colgarle tzitzit?”. Moshé les respondió: “¡Claro que hay obligación de ponerle tzitzit!”. Entonces, Kóraj y su séquito comenzaron a reírse de él, y le dijeron: “¿Cómo es posible? ¡Si a un talit que está hecho de otro material se le coloca un [solo] hilo de *tejélet*, ya cumple con la mitzvá, entonces, un talit que está hecho todo de *tejélet* ¿no es cierto que, con más razón, cumple la mitzvá?”.

¿Por qué Kóraj se burló de la mitzvá de tzitzit?

Como es sabido, Kóraj era de los que cargaban el Arca del Testimonio. Al principio, Kóraj fue un Tzadik y Jasid, e incluso había experimentado profecía, pues había visto con espíritu profético que Shemuel, el Profeta, iba a ser uno de sus descendientes. Entonces, se dijo Kóraj: ¿acaso un hombre como él (Kóraj) tenía necesidad de cumplir con la mitzvá de tzitzit para aumentar su temor del Cielo? ¡Si él se veía a sí mismo repleto de temor del Cielo, y se sentía muy cercano a Hashem Yitbaraj; bastaba con el hecho de que él fuera uno de los que transportaban el Arca! ¡Qué grado de santidad más podía aumentar con portar tzitzit!

Ese fue el argumento tonto de Kóraj. No obstante, su error fue grave y amargo, pues no había comprendido que el temor del Cielo que él había ameritado provenía del poder de transportar el Arca, un obsequio, gratis y sin esfuerzo. Su temor del Cielo no provenía como producto del esfuerzo personal. Y un temor del Cielo que viene con facilidad no se mantiene; se puede desmoronar ante cualquier prueba a la que la Inclínación al Mal incita. Por lo tanto, ante la prueba, Kóraj cayó en el abismo profundo, y por cuanto comenzó a sospechar que había quien quería socavar su honor particular (de Kóraj), abandonó el temor del Cielo que tenía en su seno, y comenzó a deshonorar y despreciar lo más primordial y sagrado del Pueblo de Israel.

No obstante, si él hubiera comprendido su error y lo hubiera reconocido, habría vestido el talit con temor y amor, y habría reconocido en su corazón que el color *tejélet* se asemeja al Trono de Gloria, y por medio de este tipo de pensamiento habría ameritado someterse a su Padre Celestial. Entonces, sin duda, no se habría puesto a perseguir el honor propio y los elogios falsos, y no habría caído en la trampa de la Inclínación al Mal. Porque el temor del Cielo que proviene del esfuerzo deja una impresión profunda en el alma y forma parte del hombre, y lo ayuda a resistir las pruebas de la vida.



PERLAS DE LA PARASHÁ

Reflexiones inspiradoras

Unanimidad respecto del castigo

“Encontraron un hombre recolectando maderos en el día de Shabat.” (Bamidbar 15:32)

El castigo del que recolectó maderos fue lapidación a manos de toda la congregación, como dice el versículo “y lo lapidaron con piedras y murió”.

También aquel individuo que había “bendecido” el Nombre de Hashem fue muerto por lapidación a manos de toda la congregación, como dice el versículo: “y lo lapidaron a piedra” (*Vaikrá* 24:23).

Cabe precisar, ¿por qué en el caso del que recolectó maderos el versículo dijo “y lo lapidaron con piedras”, con “piedras” en plural, mientras que respecto del que “bendijo” el versículo dice “y lo lapidaron a piedra”, en singular?

Ribí Mordejay Eliahu, *zatza*, respondió: Cuando el Pueblo de Israel estaba en el desierto, conocieron la mitzvá de Shabat, pero no el castigo que le correspondía a aquel que lo profanara. Por ello, se levantó aquel hombre de Israel de la tribu de Yosef y recolectó maderos en Shabat, para que Moshé Rabenu lo juzgara y todo el Pueblo de Israel supiera la gravedad de la transgresión de la profanación de Shabat.

Con respecto al recolector de maderos no hubo unanimidad en cuanto a si merecía la pena de muerte está dicho “y lo lapidaron con piedras”, en donde “piedras” está en plural, pues la intención de los ejecutores no había sido unánime.

No obstante, no fue así respecto de aquel que “bendijo”, cuyo castigo había sido aceptado unánimemente por todo el Pueblo de Israel; por lo tanto, está escrito “lo lapidaron a piedra”, con “piedra”, en singular.

El tzitzit se parece a un hermoso bebé

“Y os haréis tzitzit.” (Bamidbar 15:38)

Una vez, un judío pueblerino temeroso del Cielo fue donde el Rabino de la ciudad con una gran pregunta: “Nuestra sagrada Torá tiene 613 mitzvot y procuramos cumplirlas todas. Pero la mitzvá de tzitzit la honramos y la tomamos en consideración más que las demás mitzvot. ¿Por qué besamos el tzitzit tantas veces en la tefilá y demostramos por esta mitzvá un afecto particular?”.

El Rabino le preguntó: “Dime, ¿tienes un hijo?”, y el pueblerino le dijo: “Sí, tengo un hijo preciado y Hashem me ameritó incluso con nietos hermosos”. El Rabino le preguntó: “¿Acaso besas a tu hijo?”. El pueblerino le respondió: “Bueno, no. Mi hijo ya creció y él mismo ya es padre. Pero sí beso a sus hijos, mis tiernos y hermosos nietos, con gran afecto”.

El Rabino le volvió a preguntar: “¿Por qué besas tanto a tus nietos?”. Y el hombre le respondió: “Mis nietos son cada uno de ellos como un hombre en pequeño. Todos sus miembros, tan chiquitos, tan graciosos... ¡Es imposible no besarlos!”.

El Rabino le dijo: “Te explicaré por qué nos es tan preciada la mitzvá de tzitzit. El tzitzit refleja toda la Torá con todas las 613 mitzvot que ella contiene. El equivalente numérico de la palabra *tzitzit* en hebreo es 600, más los ocho hilos y los cinco nudos suman en total 613, como la suma de las mitzvot de la Torá. Así como un infante pequeño, que tiene todo lo que un hombre adulto, hecho y derecho, tiene, así es el tzitzit, que tiene todas las 613 mitzvot y nos recuerda la Torá. Como dice el versículo: ‘Y lo veréis y os recordaréis de todas las mitzvot de Hashem, y las haréis’. Por lo tanto, honramos y besamos tanto el tzitzit”.

Una sonrisa se dibujó sobre el rostro del pueblerino con la que quedó demostrada su satisfacción con la respuesta. Había aprendido una gran lección del Rabino, y ahora iba a honrar dicha mitzvá con mucho más afecto.



DIYRÉ JAJAMIM

Los hilos del tzitzit se enredaron

“Y os haréis tzitzit sobre las esquinas de vuestras vestimentas, por sus generaciones.” (Bamidbar 15:38)

Muchos relatos se han contado acerca de la *segulá* de los tzitzit, los cuales ayudan a la persona que cumple con la mitzvá a salvarse de todo tipo de cosas malas.

Un ejemplo de ello es lo que se cita en el libro *Maasé Ish*, a nombre de Ribí Yaakov Flint: “Mi hermano gemelo y yo nacimos muchos años después que nuestra hermana mayor. Un problema de anticuerpos en la sangre fue descubierto en nuestros padres después de que mi madre diera a luz a mi hermana; y luego de muchos tratamientos sin éxito, los médicos determinaron que no había esperanza de que nuestros padres volvieran a tener más hijos.

Mi padre, que era muy allegado al Jazón Ish, *zatshal*, se había aconsejado con él acerca del asunto. Por lo tanto, en uno de los tantos intentos, no le prestó atención a la desesperanza de los médicos, pues, el Jazón Ish le había dicho: “Reb Mordejay, esta vez todo estará bien”.

En efecto, justo antes de nuestro nacimiento, mi madre había atravesado muchas complicaciones, al punto que incluso quedó paralizada de la cintura para abajo. Al final, luego de una gran discusión con el profesor Rajamilevitz, y después de que el médico se reuniera personalmente con el Jazón Ish, el médico accedió a no operar, bajo la responsabilidad del Jazón Ish. Y, en hora buena, nacimos mi hermano y yo.

Cada tanto, el Jazón Ish le pedía a mi padre que nos llevara delante de él, pero múltiples dificultades técnicas le impedían cumplir el deseo del Jazón Ish.

El último miércoles en su vida, Marán, el Jazón Ish, le ordenó con severidad: “¡Reb Mordejay, tráeme a los niños! ¡Ahora mismo vas a ir a tu casa y me los vas a traer!” A mi padre no le quedó más remedio; así que viajó de inmediato en taxi a Tel Aviv para llevarnos hasta la casa del Jazón Ish.

Ese día, mi padre nos había comprado una patineta nueva, y nos rehusamos a dejarla en casa. Cuando entramos donde el Jazón Ish, mi padre trató de calmarnos y nos prohibió jugar con la patineta delante del Rav. Pero el Jazón Ish le dijo: “¡Déjalos jugar!”.

El Jazón Ish habló con mi padre, y le preguntó cuál de nosotros dos era el mayor. Cuando escuchó que yo era el mayor, me sentó sobre su muslo derecho y a mi hermano lo sentó en el izquierdo, y nos bendijo. Después, el Jazón Ish se dirigió a mi hermano, y le dijo: “¿Sabes lo que es el tzitzit?”.

Al ver que mi hermano no había comprendido la pregunta del Jazón Ish, mi padre sacó de sus vestimentas los tzitzit y se los mostró.

Entonces, el Jazón Ish le dijo: “Quiero que toda la vida vayas con tzitzit”. Mi padre le preguntó al Jazón Ish: “¿Y qué hay del primer niño?”. Pero el Jazón Ish no respondió; y su silencio se repitió cada una de las tantas veces que mi padre le volvió a hacer la misma pregunta.

Tres días después de aquella visita, el Jazón Ish dejó este mundo y regresó a nuestro Padre Celestial.

Muchos años más tarde, en la guerra de Yom Kipur, mi hermano servía en un puesto al norte del país. Un día, al regresar al puesto de observación, se puso a leer un periódico y colocó su arma al costado. De pronto, se le enredaron los hilos del tzitzit en el rifle, y el arma se cayó. Justo cuando mi hermano se inclinó para levantar el rifle, un proyectil cayó en el puesto. Milagrosamente, mi hermano solo recibió una ligera herida en la mano y en el hombro. Si mi hermano hubiera continuado sentado y no se hubiera inclinado debido a los hilos de su tzitzit, esta anécdota habría terminado —*jas veshalom*— en una gran tragedia.



BAMSILÁ naalÉ

Pasajes de fe y confianza en Hashem de la pluma de *Morenu Verabenu*, el Gaón, el Tzadik, Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*

La fe, lo más difícil que hay en el Mikdash

Marán, Harav Shaj, *záa*, solía decir que el hombre tiene que reflexionar y profundizar acerca del libro de *Bereshit*, y de los actos de nuestros santos Patriarcas; y aprender de ellos el sendero que hay que seguir en la vida, cómo apegarse a *Hashem Yitbaraj* y a Su Torá.

Y, obviamente, ésta es la labor más difícil que hay en el Mikdash; para poder lograr una fe íntegra y temor del Cielo, hay que invertir mucho en ello. No obstante, *Hakadosh Baruj Hu* nos aseguró que ayudaría a todo aquel que quisiera adquirir la fe.

He aquí una anécdota que ejemplificará cuán grande y enorme es el poder de la fe íntegra.

Me sucedió una vez que, en medio de una conversación telefónica urgente, entró de pronto una señora que irrumpió en llanto amargo y, con el corazón partido, me contó que su esposo estaba moribundo —*Rajmaná litzlán*— y necesitaba de una salvación. Le dije que me esperara unos segundos, que lo iba a bendecir. De pronto, la mujer dijo: “¡Muchas gracias, muchas gracias!”, se dio media vuelta y se fue...

Les pregunté a los que me rodeaban para qué y por qué aquella mujer me había dado las gracias; y cuando ellos le preguntaron a ella el motivo de su agradecimiento, ella les dijo que había escuchado salir de mi boca: “Todo está bien. Su condición ya mejoró”.

Quedé sorprendido ante la respuesta. Yo no la había bendecido para nada; y ni siquiera había dicho que aquel hombre se fuera a levantar de su convalecencia. En el corazón, temí que ella fuera a creer con plena fe aquello que había escuchado (y que, en verdad, no dije) respecto de que todo ya estaba bien. ¿Qué tal si —*jalila*— su esposo dejaba este mundo? ¡De aquello surgiría una enorme profanación del Nombre de Hashem y un tropiezo por mi causa!

De inmediato, envié a mi asistente a que la llamara por teléfono y le aclarara que yo no había asegurado nada por el estilo. En efecto, cuando él la llamó, del otro lado de la línea, la señora dijo: “¡Díganle a Ribí David ‘muchas gracias, muchas gracias!’”, y prosiguió diciendo que, ciertamente, su esposo se había levantado de su convalecencia de forma milagrosa.

Si meditamos acerca de esta anécdota maravillosa, podríamos preguntar: ¿por el mérito de quién sucedió este milagro, por mérito mío o el mérito de ella?

Obviamente, la fe íntegra y completa que ella tenía en el corazón fue lo que estuvo de su lado. Pues, por cuanto ella estaba convencida de que había escuchado de mi boca que yo le había dicho que todo estaba bien, en su corazón, ella ya estaba confiada y segura de que su esposo “volvería a la vida”, y, encima, me agradecía a mí por ello. Obviamente, para ameritar una fe íntegra de esa índole, hace falta una gran dedicación y esfuerzo. ¡Bienaventurado el que la logra!

Yehí Ratzón que la fe en Hashem se refuerce en todos nosotros, y que *Hakadosh Baruj Hu* incline nuestro corazón a amarlo y temerle, para cumplir con Su voluntad y servirle con todo el corazón.

Amén, ken yehí ratzón.

UN ENFOQUE NUEVO SOBRE LA PARASHÁ

La gran cualidad de la tolerancia personificada en Marán Harav Eliashiv



“Lento en enojarse, abunda en bondad.” (*Bamidbar* 14:18)

Rabenu Moshé Cordobero, zíaa, en su reconocido libro *Tómer Deborah*, dice: “El hombre debe procurar parecerse a su Creador, entonces se encontrará en condición de estar a semejanza e imagen de Él, pues si solo se pareciera a Él en cuerpo pero no en sus actos, más bien, defraudaría la figura del Creador, y se diría de él: ‘Tiene buena apariencia, pero sus actos son despreciables’, pues lo principal de la imagen y la figura del Altísimo son Sus actos. ¿Y de qué le sirve al hombre asemejarse a la figura del Altísimo en lo físico —su cuerpo, sus miembros— si en sus actos no se parece al Creador? Por lo tanto, es apropiado que se asemeje a los actos del Creador, que son los ‘Trece Atributos de Misericordia’”.

En las siguientes líneas, dedicaremos la atención a la figura de Marán, Ribí Yosef Shalom Eliashiv, *zatzal*, con anécdotas obtenidas del libro *Amudó Shel Olam*. Primero, hemos de citar la frase fundamental que se encontraba siempre en la boca sagrada y pura de Marán: “En este mundo, hay que soportar y callarse. Ésta es nuestra labor en este mundo”.

Rabenu se condujo con paciencia de hierro, y a pesar de que no fueron pocas las veces que fue molestado con preguntas carentes de sentido, no era meticuloso con el que formulaba la pregunta, y le respondía con calma y serenidad, como lo hacía con paciencia Hilel Hazakén en su época.

La esposa de Rabenu contó: “Una noche, a la una de la madrugada, en medio de las pocas horas de sueño de que disponía el Rav, se escuchó que tocaban incesantemente a la puerta del patio. Debido a que no cesaban de tocar, y así continuaron casi diez minutos, el Rav se levantó de la cama, se vistió diligentemente y bajó para abrir la puerta del patio.

Allí se encontraba un hombre joven que tenía una pregunta “urgente” que hacerle al Rav. El Rav lo invitó a entrar, y, según lo que contó, la pregunta era verdaderamente seria: “¿Qué nombre se le puede poner a un varón?”.

El Rav pensó que se trataba de un berit milá que se llevaría a cabo a la mañana, con el salir del sol, y que por eso la pregunta tenía urgencia y seguramente involucraba “armonía en el hogar”. De modo que le

respondió con paciencia y calma, explicando los detalles que pueden estar implicados en la elección del nombre de un bebé.

Luego de que todo quedó bien explicado, aquel joven le pidió al Rav si podía hacerle otra pregunta más: “Y si naciera niña, ¿qué nombre se le puede poner?”.

Lento en enojarse

Un día Rabenu viajó en autobús desde Jerusalem hacia Bené Berak; y de pronto, sintió olor a humo. Al lado de él, se había sentado un judío que fumaba, y se notaba que lo hacía por placer. Como es sabido, Rabenu era débil de cuerpo por naturaleza. Alrededor de los cincuenta años, los médicos le habían diagnosticado que su corazón feble no podría resistir más allá de los sesenta años; no obstante, Rabenu vivió milagrosamente muchos años más, pues la Torá era su vida y su oficio, la fuente de su fuerza y la existencia en este mundo.

El humo del cigarrillo le molestaba mucho a Rabenu, y obviamente representaba un peligro para su salud. Sus acompañantes, que sabían que aquello le hacía un daño al cuerpo, le solicitaron permiso a Rabenu para dirigirse al fumador y llamarle la atención al respecto para que apagara su cigarrillo. Pero Marán no se los permitió de ninguna manera. Dijo: “¿Cómo puedo yo impedirle que fume? ¿Acaso porque a mí me molesta el humo él tiene que dejar su costumbre?”.

Inmediatamente después de que Rabenu descendió del autobús envuelto en el humo del cigarrillo, cayó desmayado, perdiendo el sentido. A pesar del daño que aquello le había causado, no se podía permitir a sí mismo llamarle la atención a un hombre e impedirle su deleite, de ninguna forma.

Paciencia

Rabenu fue dotado de la cualidad de la paciencia y nunca se mostró enojado, como lo atestigua su yerno, Ribí Azriel Auerbach, *shelita*:

“Vivimos en casa de mi suegro por muchos años y pudimos presenciar que la paciencia era parte integral de su naturaleza, y no hay palabras que puedan describir a qué grado llegaba su serenidad. Casi cincuenta años, sin escucharlo elevar la voz, aun en situaciones que demandaban hacerlo, jél se mantenía con la misma serenidad y calma!”.

Preguntas acerca de intereses en préstamos

En el transcurso del *shiur* diario que impartía en público, la gente solía volver a hacer las mismas preguntas, sobre diversos temas, y Rabenu, con su paciencia extrema accedía a responderlas. Él solía decir siempre: “¡Otra vez y otra vez!”.

Como regla, Rabenu procuraba no ofender a nadie nunca, aun cuando le hicieran la misma pregunta de una halajá bien conocida por todos, una y otra vez. En una ocasión, en el estudio del capítulo *Ézehu néshej* (‘¿A qué se llama interés?’) en el *shiur* diario, uno de los participantes preguntó si había *ribit* (‘interés’) cuando uno le presta al compañero muchas monedas a condición de que le devuelva el préstamo, pero con un solo billete. Rabenu escuchó la pregunta y respondió que no había en ello la prohibición de *ribit*.

Luego de unos momentos, se levantó uno de los participantes y formuló esa misma pregunta: “¿Está permitido prestarle al compañero muchas monedas a condición de que cuando éste lo devuelva lo haga con un solo billete?”. Rabenu le respondió de la misma manera como le había respondido al primero, que no había en ello la prohibición de *ribit*.

Inmediatamente después de que concluyó su respuesta por segunda vez, se “despertó” uno de los participantes y formuló exactamente la misma pregunta, por tercera vez, y hasta proveyendo lujo de detalles al caso, explicando que muchas veces los comerciantes no están dispuestos a recibir monedas menudas, y prefieren billetes, por lo que, resulta que el billete representa dinero más corriente que las monedas, de modo que son más importantes y deseados que las monedas menudas.

Cuando el público escuchó que formulaban la misma pregunta por tercera vez, irrumpió en carcajadas, pues Rabenu ya había respondido a esa pregunta dos veces previamente, por lo que, era muy probable que aquel que había preguntado por tercera vez no había prestado atención en absoluto. No obstante, Rabenu respondió por tercera vez con una ligera sonrisa en su rostro: “Ya establecieron los comerciantes de este lugar que no hace diferencia, ya sea poco dinero o mucho dinero, no hay en ello *ribit*!”.